

**Ramón CLAVIJO PROVENCIO
y José LÓPEZ ROMERO**

ASTA REGIA



Libros Canto y Cuento ♦ Jerez de la Frontera ♦ 2021

CAPÍTULO I

Octubre de 1942

Sintió las gruesas gotas de sudor resbalándole por el cuerpo pese a que unos segundos antes temblaba bajo la gélida brisa que barría las leves ondulaciones del terreno. No tuvo más tiempo. Con las manos atadas a la espalda, una mordaza en la boca y una venda en los ojos poco podía hacer. Del cañón de una pistola semiautomática salió la bala que le perforó la nuca. El estruendo se amortiguó con el ruido del viento que casualmente empezó a apretar en ese mismo instante en el que el cuerpo se derrumbó en la tierra, y un charco de sangre se esparció rápidamente por el suelo. Poco después, cuando dos sombras arrastraban aquel cuerpo sin vida, el viento ya levantaba pequeños remolinos de arena sobre aquellos parajes, en cuyas entrañas se escondían secretos que alguien ahora pretendía desvelar.

El levante se hacía más fuerte por momentos, y era incómodo moverse, tanto más llevando aquella pesada carga. Pero las dos figuras semiencorvadas por el peso de aquel fardo parecían decididas, pese a las dificultades, a terminar con la misión que las había llevado aquella noche al perímetro acotado para las excavaciones de Mesas. Por fin parecieron encontrar lo que buscaban en aquella pequeña depresión del terreno, un escondite natural al que arrojaron aquel bulto, pero ni el polvo levantado por el viento ni la oscuridad de la recién llegada noche, terminaban de ocultar unas formas demasiado parecidas a las de un cadáver que

llevaran a su última morada. Lo tiraron sin miramiento y luego las dos sombras, que hasta ese instante lo habían pacientemente cargado, sacaron sendas palas que colgaban con unas cuerdas en bandolera sobre sus espaldas, para echar tierra y piedras sobre aquello de lo que parecía querer desprenderse lo antes posible.

No les llevó mucho tiempo la tarea. Luego, una de las figuras clavó satisfecha la pala sobre la tierra y encendió un pitillo. Apenas pudo verse su lumbre, pues la otra figura, a la que el viento y la creciente oscuridad daban un aspecto fantasmal, arrebatándole el cigarrillo de la boca lo tiró con violencia al suelo y lo apagó bajo su bota. No hubo protestas. Volvieron a colocarse las palas en bandolera, y dieron media vuelta hasta perderse en el horizonte tras la cortina de polvo, cada vez más tupido, que el viento estaba levantando.

Días antes, Manuel Esteve caminaba a paso ligero por la amplia y señorial calle Corredera, una de las principales de la ciudad y donde tenía su domicilio en una espléndida casona. Todos los días recorría aquel trayecto para salvar la distancia entre su casa y la sede de la biblioteca y colección arqueológica municipal, un magnífico edificio renacentista situado en la céntrica plaza de Revueltas y Montel, su lugar de trabajo que ahora compartía con la excavación a cielo raso en el poblado de Mesas de Asta a pocos kilómetros de la ciudad. Manuel solía desviarse con cierta frecuencia del camino más directo, pues le gustaba detenerse unos minutos en la iglesia de San Miguel, de la que no se cansaba de admirar su imponente fachada gótica. Aquella mañana tuvo la certeza de sentirse observado. Esa sensación que fechas atrás

atribuyó a su evidente estado de nerviosismo provocado por la tensión acumulada en la excavación, ahora comprobaba que era tan real como aquel individuo que apenas diez metros tras él lo seguía. Hoy no era una sombra intuida, hoy aquella sombra se había transformado en una enjuta figura que, enfundada en un abrigo gris con el cuello alzado, no parecía molestarse siquiera en evitar que lo descubrieran. ¿Sería el mismo que días antes lo había estado mirando cuando se encontró con su amigo Enrique?, pensó con cierto miedo. Enfiló la calle San Miguel para desembocar en la plaza de los Reyes Católicos, donde se paró a comprar el diario a un vendedor ambulante. Fingió ojear sus páginas mientras trataba de identificar a su perseguidor. Por un instante volvió a creer que la imaginación y los nervios le habían vuelto a jugar una mala pasada, pero pronto, mientras hacía un esfuerzo por contener el ligero temblor de sus manos que sostenían el periódico, comprobó por el fugaz resplandor de una cerilla que la figura semioculta entre las sombras de una casapuerta, a unos pasos de donde se encontraba, y que despreocupada exhalaba el humo del cigarrillo, tenía su mirada clavada en él. Incluso juraría que le sonreía o, más bien, sus labios esbozaban una mueca. Se dio unos segundos más para tratar de reponerse y reiniciar el camino, y en el momento de hacerlo dirigió una furtiva mirada hacia el lugar donde había descubierto a su perseguidor. Pero allí ya no había nadie. Caminaba ahora, entre el cada vez mayor número de personas que empezaban a hacer bulliciosas aquellas calles retorcidas y estrechas del casco histórico de la ciudad, lo que aprovechaba Manuel para, de trecho en trecho, girar la vista a un lado y a otro tratando de volver a descubrir al desconocido. Finalmente, ante la puerta de la Biblioteca Municipal, echando un último vistazo a su alrededor, se convenció de que aquel individuo se había esfumado.

—Buenos días, don Manuel.

Manuel sintió cómo el corazón aceleraba el ritmo sorprendido

ante aquella voz que no esperaba a sus espaldas. Se giró con prevención, con todas las fibras de su cuerpo en guardia, para al instante sentirse aliviado, y a la vez disgustado consigo mismo por no contener su nerviosismo, al reconocer ante él a Gabriel, el ordenanza de la Biblioteca y colección arqueológica municipal que acababa de abrir en aquel momento la puerta de la entrada principal a aquellas instalaciones públicas, y que tras sus lentes de miope y su bigotito a lo Chaplin, que en Gabriel eran sus marcas distintivas, lo miraba extrañado.

—¿Se encuentra bien?

—Me encuentro bien, Gabriel. Solo que estoy un poco acelerado con esto de la excavación. Ya sabe.

—Lo entiendo —respondió, no del todo convencido, el orondo funcionario que llevaba sobre la ropa un desteñido guardapolvo azul, posiblemente de una talla menor que la que le correspondía—. No le molesto más y sigo con mis tareas. En su despacho le he dejado la correspondencia de estos últimos días. Buenos días, don Manuel.

Gabriel se perdió por una de las galerías del edificio comprobando, con la meticulosidad que le caracterizaba, que todo estaba en orden para la nueva jornada de trabajo, mientras que Manuel, tras suspirar hondo y echar una última mirada a la plaza donde se ubicaba el edificio, se adentró por la sala capitular, aquella magnífica estancia abovedada que contenía la mayor parte de los fondos bibliográficos de la Biblioteca Municipal y que presidida por una efigie de Alfonso X “el Sabio”, conducía directamente a su despacho.

Había algo que Manuel no terminaba de comprender. Si realmente aquel tipo le había estado siguiendo, y todo parecía indicar que así había sido, y no algo producto de su imaginación, ¿con qué propósito lo había hecho? Aquella era una ciudad pequeña donde el que más o el que menos conocía al bibliotecario y arqueólogo municipal, y no era muy difícil obtener información

sobre su domicilio y, por supuesto, del lugar de trabajo donde hasta el inicio de la nueva excavación pasaba gran parte del día. Pero también era de dominio público su costumbre de reunirse algunas tardes en la sede de la Sociedad de Estudios Históricos locales, en un bajo de la calle San Miguel, al cual pertenecía como socio fundador, una especie de remedo de club inglés donde había una buena biblioteca pero también un agradable salón donde los miembros de la institución demostraban en las frecuentes y acaloradas discusiones su pasión por la historia, mientras degustaban a veces, fruto del estraperlo, un buen café o una copa de licor. Sin duda aquel individuo conocería lo más evidente sobre él, por lo que Manuel dedujo que el incidente de la mañana tendría otra motivación. ¿Pero cuál?

Manuel seguía distraído en estas cavilaciones mientras cogía el pequeño manojito de cartas que Gabriel le había dejado sobre la mesa de su despacho. Se sentó para revisar la correspondencia. Nada de interés, pensó, mientras iba comprobando los remites de cada uno de los sobres. Editoriales que enviaban facturas de las nuevas adquisiciones bibliográficas para la biblioteca pública; una de la Intervención Municipal, seguramente para reclamarle algún dato adicional sobre gastos realizados. Pero una carta le produjo tal estupor que abandonó de inmediato el resto. Sus ojos permanecieron unos instantes como incapaces de desviarse de aquel anagrama, un haz de lictores y una espada desnuda, de la comandancia local de la Guardia Civil. ¿Estaría en el interior de este sobre, se preguntó el arqueólogo, la respuesta al extraño suceso que le había pasado aquella mañana?

Apenas veinticuatro horas después Manuel miraba distraído, desde aquel amplio ventanal del despacho del capitán Benítez de la Guardia Civil, el trasiego de gentes que se dirigían o venían de la cercana plaza de los Reyes Católicos, aunque se la conocía popularmente como del Arenal. Aquella plaza era la misma historia de la ciudad, allí había practicado la nobleza local, desde

la Baja Edad Media, los llamados juegos de cañas, y se había engalanado para acoger la visita de miembros de la realeza o el nacimiento de sus herederos, incluso alguna vez había servido como improvisada plaza de toros. Pero de la gente que a aquella hora de la mañana paseaba o, simplemente la cruzaba para dirigirse a otro lugar, de seguro —pensaba el arqueólogo— muy pocos, casi nadie tendría conocimiento de aquella historia; nadie tampoco sabría que ese enorme espacio de estructura ovoide y presidido por un conjunto escultórico, obra de Benlliure, donde destacaba la estatua ecuestre del general Miguel Primo de Rivera, un polémico militar al que se tenía como uno de los personajes ilustres nacidos en la ciudad, también había sido pisado por José Bonaparte y por lord Byron, entre otros muchos ejemplos que se podían poner de célebres visitantes. No. Muy poco, por no decir nada, le interesaba a aquella gente que iba y venía por toda la extensión de la plaza, la historia que entre sus límites esta encerraba. Sus prioridades eran otras muy distintas: intentar sobreponerse a la ruina de la guerra, afanarse por conseguir el sustento diario, disponer de un techo bajo el que cobijarse... Hacer frente a una vida tristemente inoportuna. Sin duda, la historia —seguía ensimismado en sus reflexiones— estaba muy lejana a las preocupaciones de los viandantes, pero él la sentía presente desde la atalaya privilegiada en la que se encontraba del convento de San Agustín, ahora reconvertido en cuartel de la Benemérita. Aunque las tareas encomendadas a la Guardia Civil estaban más centradas en la vigilancia del extenso término municipal de Jerez, ahora esa labor se hacía más decisiva si cabe ante la proliferación de las actividades de la guerrilla en la zona costera del Campo de Gibraltar que amenazaban con extenderse a la sierra gaditana. Ante esto se había decidido reforzar la presencia del Cuerpo en Jerez, una ciudad que por su situación geográfica y comunicaciones podía ser decisiva para abortar ese peligro.